

Mercedes Garcés
Pérez

*Reflexiones sintácticas
a propósito de*
***Aún nos queda la
noche***

*[...] recuerda siempre que en el cielo también
gimen, brillan y cantan las estrellas.*

CARLOS GALINDO

Un nuevo poemario ha puesto en nuestras manos la reconocida Editorial Capiro de la ciudad de Santa Clara. En esta ocasión ha dejado que nuestro pensamiento vuele alto a través de esa dulce fragancia de espiritualidad que solo los grandes maestros como nuestro Carlos Galindo Lena saben mostrar. *Aún nos queda la noche* no es el libro «que me leo», es el libro que fue hecho para quedarse en el alma del receptor.

Mas, a esta lectora que siente como tantos el goce pleno de la obra puesta a nuestra disposición, tal vez conmovida por la propia lectura, no deja de brotarle su inclinación profesional hacia la estilística de la lengua, y ha querido dejar sus reflexiones en este sentido.

El libro alcanza un total de cincuenta y dos textos; sin embargo, no todos obedecen a un mismo esquema estructural, quiere ello decir, podemos encontrar desde poemas con una variada composición versal —sirvan de ejemplos «Pedro Páramo», «Cementerio hebreo», «Montaña del sur» y otros—; algunos con una secuencia anafórica muy bien concebida que ayudan a una mejor aprehensión del sentido —tales como «¿Cuántas veces puede morirse frente al sol?», «Aquí está la carne», «Utopías», «La luz de los profetas»— hasta aquellos conformados por una sola oración. Y justamente a estos les dedicaremos estas reflexiones.

El poemario, como acabamos de apuntar, tiene una manera muy peculiar de integrarse, pues no solo aparecen poemas en el

sentido amplio del término, sino que, intercalados a lo largo del mismo, el lector va encontrando pequeños fragmentos de lo que podríamos denominar prosa poética, que no sobrepasan los cinco renglones, y que están numerados en romanos desde el I hasta el XVIII.

Si usted los lee detenidamente no dudará en afirmar que se trata ciertamente de un conjunto de aforismos, sentencias en su gran mayoría, y también consejos para la vida que el autor sabiamente ha puesto a nuestra disposición para alertarnos, prevenirnos, orientarnos, aconsejarnos, en fin, guiarnos por el «buen camino» devenido de su larga experiencia de vida y también de su propia formación y creencias religiosas, pues este corte no escapa del contenido de varios de sus poemas y está presente casi enteramente en esa especie de adagios que recorren el libro y de los que nos apropiamos desde el mismísimo primer momento en que los leemos. Son ellos:

I. «Cuando comiences a escuchar a un ruiseñor que canta en el desierto, es que también han comenzado a revelarse para ti los misterios que existen en la vida del hombre.»

II. «Si puedes armonizar tu alma con las infinitas voces de la naturaleza, habrás encontrado al fin la inmensa alegría del amor que no se prostituye jamás.»

III. «Si eres capaz de admirar la belleza de un lirio, es porque en tu alma existe la pureza del lirio.»

IV. «La soledad me llena de árboles el tiempo.»

V. «Hay quienes asesinan siempre con una rosa entre las manos; así los demás solo ven la rosa, pero no el puñal.»

VI. «No permitas que te juzguen por los actos circunstanciales de tu vida o por las leyendas, sino por el valor real de un hombre, por la íntima suma de lo que acontece, casi secretamente en el espíritu.»

VII. «Si no encaminas tus pasos hacia ti mismo, es imposible que puedas conocer a los hombres y a las cosas más profundas y bellas de la tierra.»

VIII. «¿Puede el hombre percibir los latidos grandes o pequeños que nos envía cada día el universo? Esto es decisivo para orientar el alma por los escabrosos caminos de la vida.»

IX. «El hombre es un instante entre dos eternidades.»

X. «La poesía siempre va del hombre al enigma; por eso, sólo mediante ella podemos expresar el mensaje divino de las cosas.»

XI. «Buscando al hombre, me encontré con Dios y desde entonces estoy con él, en su bondad y en su amor.»

XII. «Así como el sentido se multiplica en el alma secreta de las cosas, la palabra poética al tratar de revelar al hombre esos sentidos, solo puede emplear la música de los ángeles y el esplendor de una belleza que solo nace entre las manos.»

XIII. «Ese cielo estrellado ha sido hecho tan solo para la muerte.»

XIV. «Porque la eternidad depende de que cierres tus ojos a la noche, o que abras tu boca para besarme, y se abran para todos las puertas de la gloria.»

XV. «Los seres invisibles de la noche hacen crecer las espigas del silencio, o los árboles del sueño.»

XVI. «Al hombre le ha gustado siempre vender su alma, pero jamás ofreció su conciencia a precio más barato que en este final de siglo cansado y temeroso.»

XVII. «Hombre bueno, deja que el corazón universal viva junto a tu corazón, tú lo has visto sangrar cuando de piedad late por ti. No te pierdas, recuerda, hombre pequeño, que esa es la diferencia entre el ser y el no ser.»

XVIII. «Aunque tu noche sea muy oscura, y sus tinieblas invadan la mansedumbre de tu alma, recuerda siempre que en el cielo también gimen, brillan y cantan las estrellas.»

Como no tenemos dudas de que entre significado y significante hay una relación dialéctica, pretendemos a seguidas demostrar, no a ultranza, sino mediante un análisis lingüístico objetivo la veracidad de esta afirmación en el corpus que nos sirve de muestra.

Dado que la idea de análisis lingüístico es demasiado abarcadora para el ejercicio estilístico que pretendemos desarrollar —pues incluye un análisis que va desde el nivel fonológico hasta el sintáctico e incluso el composicional—, sería demasiado ambicioso de nuestra parte tratar de incorporar todos los niveles de la lengua; nos centraremos únicamente, por las propias características de los textos y por la variedad de tópicos que podemos incluir en el análisis, en el nivel sintáctico.

Los fundamentos teóricos que nos sirvieron de apoyo fueron tomados del método propuesto por el generativista norteamericano Kellogg Hunt en su llamada «unidad terminal» y ampliado posteriormente por el lingüista cubano Luis Enrique Rodríguez,

quien ha introducido interesantes variables que permiten una visión más integradora y completa del fenómeno estudiado, a través de lo que denomina «conjunto oracional» (CO) y en el que básicamente nos detuvimos.

Así, CO es toda oración no subordinada, aun cuando de ella puedan depender una o más subordinadas. A partir de este concepto, la metodología se amplía en el análisis oracional y permite al mismo tiempo tener en cuenta siete parámetros cuando se visualiza ese CO. Obsérvese el siguiente esquema para corroborar cuanto acabamos de anotar:

a	b	c
d	e	f
g		

- a) Nivel en que aparece la oración.
- b) Número de aparición de la oración en el CO.
- c) Caso de ser subordinada, a qué oración se subordina dentro del CO.
- d) Estructura interna de la oración: bimembre (B) o unimembre (U).
- e) Naturaleza del núcleo predicativo: verbo (V), frase verbal (FV), participio (Part.), sustantivo (Sus.), adjetivo (Adj.).
- f) Función que desempeña la oración caso de ser subordinada: complemento directo (CD), concesiva (Con.), condicional (Cond.), complemento de sustantivo (C. Sus.)...
- g) Nexos o ausencia de nexos: ().

Para que el lector tenga una idea más clara y precisa del CO y de los resultados que posteriormente pondremos a su disposición derivados de este efectivo método lingüoestilístico, presentamos dos ejemplos concretos tomados del corpus estudiado, uno de oración simple y otro de oración compuesta (véanse los correspondientes apéndices 1 y 2).

Para los desconocedores del tema, estos gráficos suelen tal vez indicarles poco e incluso parecerles un tanto esquemáticos para un análisis textual; mas, les podemos asegurar que después de una lectura rigurosa de cada uno de los tópicos presentados, en consonancia con cada uno de los textos recopilados, dichos gráficos nos han revelado interesantes resultados que demuestran una vez más, como nos ha enseñado ese grande de las letras hispanas, Amado Alonso, que «toda forma es forma de significación, sentido formado». Revísense si no las siguientes observaciones:

Comoquiera que los pensamientos divulgados por Galindo obedecen, como apuntamos más arriba, a sentencias, consejos prácticos plenos de un profundo altruismo, es lógico suponer —y de hecho así nos llega— que su contenido semántico, su significación, el mensaje que nos transmite sea perfectamente entendible, sin anfibología, sin falsas valoraciones aun para el receptor más escéptico. De ahí que la complejidad sintáctica sea mínima.

Primera reflexión. De los veintiséis CO que recorren los dieciocho textos, ocho están integrados por una sola oración gramatical (simple); ocho por dos oraciones gramaticales; cuatro por tres oraciones; dos por cuatro oraciones; tres por cinco oraciones, y solo uno por seis oraciones. Quiere ello decir que la mayoría —dieciséis— se integran por una o dos oraciones, lo que aligera la lectura y, por ende, la comprensión. Son los casos que ejemplifican el CO # 1 («hombre bueno») y el CO # 2 («deja que el corazón universal viva junto a tu corazón»), ambos de XVIII.

Pero aun el CO conformado por seis oraciones no resulta en absoluto complejo: destaca como oración regente un imperativo, suavizado por la propia significación del verbo, más un adverbio: «recuerda siempre», a la que se subordinan tres oraciones en función de complemento directo —lo que debemos recordar— y dos oraciones concesivas que indican que suceda lo que suceda, debemos recordar tal cosa. (Véase el apéndice 2.)

Segunda reflexión. De esos veintiséis CO además ocho son oraciones simples, el resto incluye una o varias oraciones subordinadas, como indicamos arriba, pero de esas oraciones subordinadas se encuentran doce en el segundo nivel de subordinación y solo seis en el tercer nivel. Esto indica la escasez de vericuetos sintácticos, frases incidentales o explicativas que pudieran demorar, entorpecer o complicar la recepción del mensaje propuesto. Así sucede, por ejemplo, en I con tres niveles, y en VII con dos.

Tercera reflexión. Si nos detenemos ahora en la función que cumplen las treinta y ocho oraciones subordinadas que integran la muestra, saltan a primera vista los siguientes datos:

- a) catorce funcionan como complemento directo;
- b) cinco funcionan como complemento de sustantivo o pronombre;
- c) cuatro como complemento circunstancial de tiempo;

- d) cuatro como complemento circunstancial de consecuencia;
- e) tres como sujetos;
- f) tres como condicionales;
- g) dos como complemento circunstancial de finalidad;
- h) dos como concesivas;
- i) una como complemento de adjetivo.

Como se puede verificar el 34,2 % responde a la función de complemento directo, es decir, a ese hecho que el autor desea que nosotros, los lectores, tengamos presente siempre —«deja que el corazón universal viva junto a tu corazón» (XVII), «No permitas que te juzguen por los actos circunstanciales de tu vida» (VI)—; las oraciones que le siguen en frecuencia responden, por un lado, a aceptadas informaciones de algunos sustantivos —«los misterios que existen en la vida del hombre» (I), «alegría del amor que no se prostituye jamás» (II)—; por otro lado, a complementos temporales o consecutivos muy en consonancia con la comunicación deseada —temporal: «Buscando al hombre, me encontré con Dios» (XI), consecutiva: «La poesía siempre va del hombre al enigma; por eso, solo mediante ella podemos expresar el mensaje divino de las cosas» (X).

Aunque el resto de las oraciones aparece en una frecuencia mínima, si se revisan estos textos, el lector se percatará de que responden plenamente al sentido de cada sentencia donde se encuentran insertadas.

Cuarta reflexión. Los núcleos predicativos, es decir, las palabras clave sobre las que se hallan los valores gramatical y conceptual de las oraciones, descansan entonces, en aplastante mayoría —no por capricho o estética del autor, sino justamente por el papel significativo que desempeñan en el discurso y que al mismo tiempo le aportan a este— en las cincuenta y tres formas verbales: treinta y tres formas simples, doce frases verbales y ocho infinitivos. Sirve de ejemplo de frase verbal y verbo a una vez: «Cuando *comiences a escuchar* a un ruiseñor que *canta* en el desierto» (I); de ejemplo de infinitivo: «Los seres invisibles de la noche hacen *crecer* las espigas del silencio» (XV).

Esos núcleos predicativos descansan también en los cinco sustantivos; dos de los cuales corresponden a vocativos: «*hombre* bueno», «*hombre* pequeño» (XVII).

Todo este hecho, y como apoyatura además a todo cuanto hemos anotado antes, contribuye a que el ritmo, el dinamismo expresivo de cada una de las sentencias, sea más rápido, más ágil, más fluido.

Quinta reflexión. Los nexos interoracionales no son de gran variedad, cada uno cumple con la función que le ha sido encomendada por el uso en la lengua. Es significativo, no obstante, señalar la abundancia de *que*: doce son conjunciones subordinantes y cinco pronombres relativos. ¿A qué obedece esta primacía? Ciertamente, los primeros introducen en la casi totalidad de los casos oraciones subordinadas que funcionan como complemento directo; los segundos inician oraciones subordinadas que complementan a sustantivos. El comentario es obvio, ya de ambas hablamos en reflexiones anteriores.

Pudiéramos seguir analizando otros tópicos, por ejemplo el valor de las oraciones regentes o de las subordinadas a la entrada de los textos, la ubicación de estas dentro del CO, la estructura de las oraciones bimembres o unimembres, etcétera, pero nos parece que seríamos recurrentes en las explicaciones sobre las que basaríamos nuestros juicios, pues, como hemos pretendido demostrar en los textos de Galindo que acabamos —sin su consentimiento— de desmembrar, nada ha sido dicho o añadido al azar, ninguna letra, ninguna palabra —incluso las propias conjunciones de las que los poetas suelen a veces abusar— ha sido colocada de más, porque todo, enteramente todo cuanto se ha escrito es significativo y portador de un mensaje de paz, sabiduría, enseñanza y amor.

APÉNDICE 1

Primer ejemplo: oración simple (corresponde a IX)

EBC:

I •

1	1	0
B	Sust.	0
0		

APÉNDICE 2

Segundo ejemplo: oración compuesta (corresponde a XVIII)

EBC:

